

El carnet

Un recurso para atraer a los más pequeños a la biblioteca

Infancia y biblioteca

“La libertad, prosperidad y desarrollo de la sociedad y sus individuos son fundamentos de los valores humanos” (1), y hoy más que nunca existe una fuerte conciencia de que la educación, la cultura y la información son instrumentos que pueden contribuir sensiblemente a su consecución. De privilegiada hay que tildar la posición que ocupan nuestras bibliotecas en ese empeño.

Especial mención en esta tarea merecen las bibliotecas de distrito, frutos de un proceso descentralizador que favorece un acercamiento a un número potencialmente superior de usuarios.

No obstante, esta ventaja muchas veces se transforma más en un reto que en una realidad, sobre todo cuando hablamos de zonas periféricas de un nivel socio-cultural más bien deprimido. Pues bien, ésta era la situación que se planteaba a principios del curso 1999-2000 en la Biblioteca de “El Cerro del Águila”, sita en el barrio hispalense del que toma su nombre.

En ella, el usuario por lo común suele hacer uso de la biblioteca a modo de sala de estudio, situándose habitualmente entre el estudiante universitario y el opositor.

Preocupados por la ausencia de los más pequeños –salvo en lo que respecta a las visitas concertadas por los colegios–, se pretendió trazar un proyecto que los atrajese, que hiciese de la biblioteca un lugar de encuentro y disfrute, como paso previo necesario para ulteriores objetivos relativos a la participación y formación.

Por otra parte, no debemos ignorar que ya desde el currículum vigente de la Educación Infantil (2) y Primaria (3) la lectura se reconoce como capítulo de trascendental importancia.

Su carácter instrumental hace que supere los límites de lo meramente lingüístico para ser punto de partida de gran parte de los conocimientos y procedimientos escolares. Qué duda cabe que la contribución de la biblioteca en este sentido podría ser inestimable.



Roser Capdevila

La biblioteca como centro de animación a la lectura

La lectura necesita de un múltiple tratamiento con distintas líneas de actuación y, entre todas ellas, cada vez se concede una prioridad mayor a la motivación, más comúnmente denominada en este campo animación a la lectura. En este sentido, un recurso nada despreciable es el de la biblioteca: la biblioteca como centro de animación a la lectura.

Pero desde el punto de vista de gran parte de la población que no ha acudido nunca, o en el mejor de los casos rara vez, a una biblioteca pública, como la que se sitúa en este barrio, se hace necesario establecer canales que la acerquen a aquéllos a quienes pretende servir. Es decir: que acerquen la biblioteca al niño.

La cuestión entonces habría que resumirla en los siguientes términos: si la biblioteca debe servir, entre otras, a la población infantil, y en un barrio como éste esto no ocurre ¿cómo hacer para que la población infantil se acerque a la biblioteca?

Para aprovechar la biblioteca como recurso para la lectura, para el encuentro y para la cultura, hace falta poner en marcha recursos, no ya que acerquen a los niños a la biblioteca, sino que, yendo más allá del acercamiento inicial, permita surgir y acrecentar en ellos el interés por el libro, la biblioteca y la cultura. “El interés no siempre está ahí: hay que crearlo y, una vez que se suscitó, cuidarlo para que no decaiga” (4).

Para que ello sea posible se impone el establecimiento de un *programa atractivo adaptado* a los más pequeños, que tenga como eje el libro, pero que además sea *sistemático* y pueda, de este modo, dar lugar no sólo al mantenimiento, sino al acrecentamiento del interés por el libro y su mundo.

Ciertamente, las formas concretas a través de las cuales pudiera materializarse el programa eran diversas, aunque, visto su éxito, se imponía la idea de comenzar a partir del cuento oral, lo que últimamente ha dado en llamarse “cuentacuentos”.

El cuento posee una serie de virtudes que lo convierten en algo intrínsecamente cercano al niño, tales como su carácter mágico, sus rutinas, la convergencia de distintos modos de expresión, su imaginación desbordante...

Eso sí, teniendo en cuenta las características de las edades que nos ocupan (a partir de tres años), lo narrativo dejaría paso a la narración dramatizada, y el actor –el cuentacuentos– debería compartir su protagonismo con los asistentes, auténticos copartícipes y también actores. De muy distintos modos se conseguiría involucrar al espectador, provocando su participación con gestos, ademanes, anticipación de fórmulas orales, canciones, sonidos onomatopéyicos, etcétera.

Programa de trabajo y desarrollo de la actividad

Para comenzar se entiende, a partir de lo expuesto anteriormente, que se necesita, antes que una sesión aislada que todos sabemos que conduce a poco, un programa de actuaciones que propicien un acercamiento real del niño a la biblioteca.

Desde la experiencia que soporta estas líneas se propone un mínimo de cinco sesiones. ¿Por qué cinco sesiones? De este modo, podría establecerse un acercamiento sistemático de los niños a la biblioteca, que posibilitara incluso el que, desde el cuentacuentos, se les formara en el sistema de préstamo y, además, no sólo se despertara en ellos una cierta inquietud, sino que se les ofreciera la ocasión de participar en dicho sistema de préstamo en repetidas ocasiones. La clave estaría en intentar captar a un núcleo de asistentes más o menos estable con el objeto de convertirlos en futuros usuarios.

¿El modo de hacerlo? La propuesta encuentra un hilo conductor: la participación en el “club de la biblioteca”.

En primer lugar, se eligió una temática que, por una parte, fomentase el interés del grupo y diera cohesión a las sesiones y, por otra, le confiriese una cierta identidad. En nuestro caso fue la de “los piratas”. Barbanegra desde su isla relataba sus hazañas, que siempre incluían además algún cuento, y buscaba entre los presentes “aspirantes a tripulación”.

En segundo lugar, se utilizó el carnet a modo de gancho. En efecto, al finalizar la primera sesión, se insistió no sólo en lo divertido del cuento, sino también en la gran cantidad de cuentos que había en la biblioteca y que... todos podían llevarse a casa. Pero, claro está, para ello... ¡me cachis!... Había que ser socio de la biblioteca. ¿Cómo? ¡Haciéndose un carnet! Y, ¿quién no quiere tener un carnet, hacerse socio y poder ver los libros en casa? Así, con poco más, se les emplazaba al siguiente día en el que todo el que quisiese podría encargarse su propio carnet con sólo traer unas fotografías.

En ese segundo día, el entusiasmo fue progresando y se recogieron las fotos, a la par que se les mostró un carnet de muestra. La fórmula del carnet, que surgió

hace ya años en mi planteamiento como docente de la biblioteca de aula, siempre tuvo entre los niños de estas edades un gancho enorme, y no digamos la idea de pertenecer a un club. Por eso adapté la idea a este nuevo ámbito de actuación. Si este recurso había funcionado en un aula ¿por qué no habría de ser válido en una biblioteca? En verdad, el éxito está servido, y a los niños se les vuelve a emplazar al día siguiente: los carnets estarán para entonces acabados.


Al final de la tercera sesión se efectuó la entrega de los carnets a los nuevos usuarios, en medio de las caras de admiración de todos, e hicieron uso de él inmediatamente para efectuar sus primeros préstamos.

Las siguientes sesiones sirvieron para asentar en los niños el sistema de préstamo, motivándoles e incitándoles a ponerlo de nuevo en práctica. Con ello, el cuentacuentos no sólo contribuyó a la inscripción de nuevos socios, sino que éstos se vieron implicados en el sistema de préstamo de la biblioteca más allá del espacio de tiempo de duración de la actividad (la última sesión termina con un préstamo que habrá de ser devuelto).

Conclusiones

A juzgar solamente por algunos datos objetivos, tales como la media de asistencia y el número de socios hechos, así como el de préstamos realizados, puede afirmarse que la actividad cubrió con creces los objetivos previstos.

Una de las cuestiones que resultó más controvertida fue la relativa a la temporalización, que, tras adaptarse progresivamente, llegó a contar con una periodicidad semanal, que pareció la más conveniente, y con sesiones que se procuró no superasen en mucho los sesenta minutos. En este punto, se trata de jugar con el interés infantil que necesita a la par de una cierta continuidad –que evita su dispersión, disolución y desaparición–, y de un cierto espaciamiento –que aumenta el deseo–.

Lo más sorprendente, no obstante, fue el hecho de que después del verano, con bastante tierra por medio, a la primera sesión del ciclo del otoño siguiente, y sin un alarde publicitario, volvieron a presentarse unos veinte niños. 

José Manuel Roás Triviño. Maestro de Educación Infantil
Biblioteca Municipal “Cerro del Águila”
C/Salvador Távora, s/n - 41006 Sevilla
☎95 493 28 20 📠95 493 28 23
✉jmroas@teleline.es

Notas y referencias bibliográficas

- (1) UNESCO: *Manifiesto sobre la Biblioteca Pública de la UNESCO*. Noviembre de 1994.
- (2) Real Decreto 1330/1991.
- (3) Real Decreto 1006/1992.
- (4) Isabel SOLÉ. En: AA. VV.: *El constructivismo en el aula*. Barcelona: Graó, 1993.